



EL CONFIDENTE DE LA MAFIA SE CONFIESA

EL NARCOTRÁFICO
COLOMBIANO AL DESCUBIERTO

Gustavo Salazar Pineda

*Las memorias del defensor
de los grandes narcotraficantes colombianos*

nombrelatino

Mama Coca
El Papel de la Coca
www.mamacoca.org

EL CONFIDENTE DE LA MAFIA SE CONFIESA

Revelaciones sobre la organización mafiosa
más poderosa y violenta del mundo

GUSTAVO SALAZAR PINEDA

nombrelatino

PRÓLOGO

En el mundo de las letras existen dos clases de escritores: los que para escribir se ven obligados a inventar, a maquinar situaciones, falsas vivencias, es decir, a crear un universo impostado para así fabricar novelas, y los que no necesitan recurrir a la imaginación o la inventiva para escribir, porque su mundo es tan amplio que con lo vivido pueden hacer literatura. Pertenezco, gracias a la vida, a esta segunda categoría de escritores que no necesitan inventar nada cuando escriben un libro.

Mi memoria, mi disco duro, en el que almaceno miles de fascinantes vivencias, de alucinantes experiencias, de vibrantes anécdotas, se dispara con gran facilidad cuando de escribir lo vivido se trata, y debo confesar que lo hago con alegría no exenta de perverso gozo.

Por mi mente discurren centenares de recuerdos, un montón de huellas relacionadas con mi vida, sobre todo con mi vida profesional y especialmente los que tienen que ver con esa misteriosa, mítica y, a veces, perversa organización de la mafia.

Los que en este libro afloran son, seguramente, muy desconocidos para millones de personas, ya que muy pocos son los escritos que muestran las entrañas de la portentosa, altanera y truculenta mafia colombiana.

Muchas personas consagradas al arte de escribir han pretendido hacer en algunos libros sobre la mafia colombiana un cuadro real de ella. Unos con buena prosa, otros no tanto, no lo lograron. ¿La razón? Se explica fácilmente: han querido escribir lo que nunca han vivido ni jamás conocieron.

En sus escritos han retratado una mafia inexistente, producto de su imaginación. No miraron la entraña del fenómeno que pretendían describir.

Pocos conocieron a los personajes moviéndose en ese turbulento escenario de codicia, envidia, deslealtad, a veces ternura, otras miedo y muerte.

Varios entusiastas de la crónica jamás vieron los rostros, ni contemplaron los ojos de los mafiosos cuyas pupilas miran de una manera ávida el mundo que los rodea.

Cierto día cayó en mis manos un libro de un norteamericano que creyó conocer la vida de Pablo Escobar. No se trataba más que de recortes de prensa, con algunas imprecisiones en cuanto a fechas y personajes.

Tal vez el libro más completo sobre Pablo Escobar, no sobre la mafia colombiana en conjunto, sea el del periodista Alonso Salazar Jiménez, investigador serio y documentado, que para hacerlo recurrió a fuentes conocedoras del cártel de Medellín, entre ellas la mía.

Este viaje apasionante y apasionado que yo he hecho, en más de 20 años, por el mundo de la mafia y del que trato de participar al lector, está matizado de pura adrenalina, pues supone que quien en tan atrevida aventura se meta ha de no ser pusilánime ni timorato.

Aclaro que el libro no se trata de una biografía del autor, ni de sus principales protagonistas, los grandes capos de las drogas en Colombia, sino una semblanza muy aproximada de lo que ha sido la mafia más poderosa del siglo XX, incluso más que la italiana.

Con la historia de la mafia discurre la historia de las generaciones a partir de los años cincuenta, a la que por supuesto pertenezco, y es ésta a la que han pertenecido los mafiosos más célebres del mundo.

De allí que éste sea el testimonio de una época, la mitad del siglo XX, una historia íntima, oculta, no desvelada anteriormente, y que pretendo compartir con miles de lectores en el mundo entero.

En la historia de la mafia encontrará el lector hechos diversos que quizá le lleven a la perplejidad y, a veces, al

asombro y, por qué no, al desprecio por sus protagonistas, en los que, de antemano, me incluyo.

Esa epopeya íntima, variada, diversa y misteriosa que es la vida se teje de individualidades para ascender a fenómenos colectivos, tan influyentes en la época moderna. Es la mafia de las drogas ilegales la que aquí trato de retratar.

Lo personal y lo colectivo se entrecruzan en esta historia de la mafia, de las mafias, y la del siglo XX en su segunda mitad, para formar una verdadera unidad.

Son más de 30 años de una realidad agobiante, con la que hemos ido madurando millones de personas en América y, también, en el mundo.

El círculo íntimo, subterráneo, cerrado y casi hermético de la mafia trato aquí de describirlo como creo haberlo conocido. Para millones de personas es desconocido, misterioso y sugestivo.

Centenares de millones de personas, en el mundo, nos hemos hecho mayores escuchando la cantinela sobre las mafias italiana, colombiana, mexicana, china y ahora rusa, pero de ellas sabemos tan poco, y quizá es tanta la superficialidad sobre su forma de ser y actuar, que la ignorancia nos hace jueces severos sobre el mítico fenómeno social.

Presento aquí una mafia en la que discurren pasajes, unos tipos y unas mujeres que a ella pertenecieron, o a las que sedujeron, en los contornos concretos del Medellín, Cali y Bogotá, de los setenta hasta los noventa.

Este escritor, a la vez abogado y confidente de los más renombrados, millonarios, excéntricos y bélicos mafiosos del mundo, retrata aquí el alma humana, en cuanto ello sea posible hacerlo, a través de acciones y conductas, en las que la ambición, la codicia desmesurada, la arrogancia, la vanidad, la prepotencia, la envidia y otros pecadillos los delatan, de los mafiosos ávidos de poder y sedientos de reconocimiento social, sin que sea predicable ello, sólo de narcotraficantes, dado que políticos, curas, banqueros y con-

trabandistas, de todo orden, caben ser enmarcados en el fenómeno mafioso.

Las historias, confidencias, anécdotas y vivencias aquí narradas son, en su mayoría, de primera mano, pues las obtuve por medio de mi interacción con los mafiosos, gracias a mi actividad de abogado penalista y defensor de muchos de los protagonistas de esta novela de la vida real, una especie del macondiano mundo de la mafia, otras por conducto directos de algunos capos (Hélmer “Pacho” (Paco) Herrera, Gonzalo Rodríguez Gacha, Pablo Escobar Gaviria, Roberto Escobar Gaviria, Fabio Ochoa Vásquez, Julio César Nasser David, Salomón Camacho, Diego Arcila, David Rossi) y otros más, y unas pocas porque sus protagonistas me las refirieron, a cambio de que yo compartiera con ellos otras de las mías o, simplemente, cuando han querido desfogar la angustia que la prisión y el cautiverio sumen a los pobladores de pabellones de alta seguridad de sus prisiones, en las que la debilidad humana aflora por más capo mafioso que sea él privado de la libertad.

Tanto los mafiosos que aquí trato de presentar, en sus perfiles psicológicos y sus semblanzas humanas, como el autor, son hijos de una época convulsionada, crítica, violenta y no por ello carente del hálito de la fascinación, como es la de los sesenta a los noventa, reflejan un pasado y un presente apasionantes, de novela, de película, y representan, a la vez, una vida distinta a la monótona e insípida que es la de millones de seres del planeta.

La gran diferencia con una novela de ficción es que en este libro la realidad supera la ficción y la fantasía, y prueba una vez más que, en nuestras tierras del trópico americano, sigue existiendo Macondo, en este caso el Macondo no de Aurelianos Buendías, sino de Pablo Escobar, Gonzalo Rodríguez Gacha, Hélmer “Pacho” Herrera, epopeya que ha sido forjada en 30 años de historia de cocaína,

dólares por centenares de millones, poder político, bellas mujeres, sicarios desalmados, políticos aliados e hipócritas, presidentes afines a los mafiosos, altos mandos militares corruptos y gentes comunes cómplices, complacientes, cuando no aduladores de mafiosos mientras no caigan en garras de las autoridades, o de los vocingleros puritanos que los condenan a rabiarse.

Ésta es la historia de ellos y también la de alguno de nosotros.

Medellín, Colombia, 2005
GUSTAVO SALAZAR PINEDA

Acudo a mi buena memoria de la que me dotó la naturaleza, para empezar a hilvanar una historia hasta ahora contada parcialmente o mal contada, no exenta ella de leyendas, mitos, mentiras y embustes, con los que a veces la falta de conocimiento se vale de la imaginación para colmar lagunas e imprecisiones.

Acerca de la mafia se tejen una serie de cuentos, leyendas, anécdotas, muchas veces ciertas, empero también se exagera o se tergiversa sobre sus actividades o acciones.

Empiezo por decir que del origen, desarrollo y aparente extinción de la mafia colombiana, hemos sido cuatro personas quienes mejor conocemos sus entresijos. De los cuatro que podrían contar una aproximada historia de esta familia al margen de la ley, dos no pueden ya hacerlo por encontrarse muertos: Carlos Castaño Gil y Vladimir Mosquera Cruz. Máximo jefe, hasta hace tres años, de los llamados paramilitares, el primero conoció, como muy pocos en el mundo, todo el engranaje y vericuetos de los contrabandistas de drogas prohibidas.

Abogado, asesor consejero de los grandes capos colombianos, el doctor Mosquera Cruz fue otro conocedor profundo de las entrañas de la mafia de Colombia.

El tercero es un abogado penalista distinguido, serio, perteneciente a una familia comerciante antioqueña. Se trata de Roberto Uribe, pero este gran caballero y decente jurista es de temperamento tímido y ello le impide contar todo lo que sabe sobre la temida organización, que es demasiado.

Y quien esto escribe ha decidido tomar su pluma para tejer cronológicamente la historia no sólo de un puñado de hombres, sino toda la historia de una generación que influyó en la del país, la del continente y la del mundo.

No estimé inoportuno hacerlo antes. Consideré extemporánea la propuesta que me hicieron unos industriales del cine norteamericano, cuatro años atrás, para

que escribiera un libro, que sirviera de guión a una película, sobre los más grandes cárteles de las drogas del mundo.

Hoy, este tercer lunes de enero de 2005, luego de mi descanso por tierras europeas, realizo mi ritual cotidiano de leer un pasaje de la Biblia que más me parece aleccionante (el Eclesiastés, los Proverbios y los Salmos son lecturas de mi predilección).

Misteriosamente abro el libro sagrado y me encuentro con el capítulo tercero del Eclesiastés, uno de mis preferidos textos bíblicos. Allí leo: “Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora. Tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado (...) Tiempo de callar y tiempo de hablar” .

Para mí que ya es tiempo y hora de romper el silencio, de escribir, de verter al papel mucho de lo que sé de las mafias. De muchas mafias. Sé de sus incorrectos procedimientos, sus repugnantes métodos para actuar y de sus mezquinas motivaciones.

Mafias hay varias. Siempre las ha habido, desde que el mundo es mundo. Reducir la mafia a un problema de tráfico de drogas farmacodependientes es demasiado simplista.

Crear que sólo es mafia el contrabando de drogas ilícitas es tanto como reducir a la sexualidad a una mera genitalidad.

La humanidad se ha drogado toda y siempre. Desde que existimos los seres humanos hemos querido evadirnos de nuestras angustias existenciales buscando paraísos terrenales o de ultratumba. Las drogas no son más que elementos ingeridos física o intelectualmente, con el fin de paliar nuestras frustraciones y ansiedades personales.

Existen tantas drogas que se hace imposible enumerarlas en este ensayo. Drogas son: la política, la religión, el sexo, el juego, además de las que conocemos.

Por ello existen muchas mafias. Los narcotraficantes son mafiosos del cuerpo. Quien se droga busca aliviar su espíritu, alucinar, llegar a obtener un éxtasis divino.

La heroína produce efectos alucinantes. Pero también la oración puede drogar y hacer alucinar a las personas. Teresa de Ávila fue una prueba irrefutable del paroxismo que puede producir el fervor religioso.

No tengo posturas moralistas en pro o en contra de unos y otros. Todos vinimos al mundo a jugar un papel, algo tenemos que hacer cada uno con nuestras vidas. Para ganarse la vida hay que recurrir a muchos métodos y poner en práctica muchas habilidades. Si alguien se gana la vida de una u otra forma, no es dable condenarlo.

Hablaré en estas confesiones especialmente de los mafiosos del cuerpo, los traficantes y contrabandistas de drogas prohibidas por las autoridades, según la conveniencia; también hablaré de los mafiosos del alma, aquellos que venden quimeras e ilusiones a las gentes y cuyas dependencias psíquicas acarrearán en las víctimas tanto o más estragos que las proveídas por los tan detestados narcotraficantes.

De los mafiosos del alma, que son muchos, haré referencia especialmente a los políticos, esos promeseros y vendedores de humo, de una vida mejor en esta tierra, y tangencialmente de los otros vendedores de ilusiones más allá de la muerte, los llamados curas, esos mercaderes del espíritu, esos traficantes de indulgencias y perdones divinos, los mediadores entre Dios y nosotros, los mortales pecadores.

Apréstese, pues, el lector a conocer el tinglado de la vieja farsa en el que los actores que pregonan ser buenos no lo son tanto y los que calificamos de malos tampoco tienen la perversidad que muchas veces les endilgamos.

Estas mis confesiones en nada se parecen a las de san Agustín y tampoco tienen mucha similitud con las de Juan Jacobo Rousseau.

Son mundanas, extremadamente terrestres y dictadas por el destino que me tocó: ser abogado defensor, consul-

tor y asesor de la más poderosa, temible y violenta cofradía de barones de las drogas del planeta Tierra.

A diferencia de las memorias de nuestro premio Nobel Gabriel García Márquez, lo mío no es vivir para contarlo, es contar lo vivido y vivir intensamente al recordarlo, como si de un bálsamo espiritual se tratara.

MI VECINO, EL CORLEONE COLOMBIANO

Mi infancia transcurrió en el barrio La Judea, de El Santuario. Es una barriada popular de gentes humildes y labriegas superpuesta en un montículo cuyas calles empedradas y pequeñas fueron el escenario de nuestros juegos y travesuras infantiles.

La Judea gozaba, en esa época, de mal nombre, pues allí habitaban los camajanes, aquellos que precedieron a los *hippies*, hombres peludos, dedicados a la vagancia y cuya mala reputación provenía de su hábito por la marihuana. Un marihuanero, un consumidor de porro, en los años sesenta, era considerado el guarro más bajo. Hoy perfectamente podría ser un candidato a hacerle competencia a los canonizables por el Vaticano; dignos de ser entronizados en los altares.

En la manzana donde me fui haciendo mayor vivía una numerosa familia, cuya madre, Mercedes Ocampo Zuluaga, regentaba la autoridad hogareña con disciplina, ante la ausencia de su esposo, que sólo venía al pueblo los fines de semana.

Al frente de la casa de Mercedes Ocampo Zuluaga, vivían mis primos Juan Alberto y Federico Montoya Pineda.

Con mis parientes y Juan Ramírez Ocampo, jugábamos a la lleva, la tiene, coqui, diversiones propias de aquella niñez pueblerina.

La atención de ese infante, que era yo, se centraba, en ocasiones, en un señor robusto, alto y bien vestido que frecuentaba la casa de Mercedes.

“Ese señor es un rico”, nos decían los amigos a quienes preguntábamos por él. Su nombre era don Santiago y era hermano de nuestra buena y amable vecina.

De tanto verlo visitar a su hermana y a sus sobrinas, su nombre se fue haciendo cada vez más familiar para mí.

Don Santiago Ocampo Zuluaga era un nombre que, en El Santuario, se pronunciaba con aprecio y respeto. Cuando entré en la adolescencia supe que se había iniciado como funcionario de aduanas, encargado de reprimir a los traficantes de mercancías importadas ilegalmente.

Pasada la media década de los sesenta, don Santiago llegaba a mi pueblo y causaba alegría a las gentes pobres, a las que repartía sumas considerables de dinero, a título de limosna. Los sacerdotes de las parroquias de San Judas Tadeo, de La Judea y de Chiquinquirá, en la plaza mayor, se convirtieron en sus amigos y favorecidos, pues para sus respectivas sedes religiosas don Santiago donaba grandes cantidades de dinero.

Jamás pude tener un trato con nuestro personaje, pero siempre él me pareció simpático y yo le apreciaba porque era muy amigo de mi tío, el por entonces sacerdote líder cívico del pueblo Alejandro Pineda Giraldo.

Al despuntar la década de los setenta, en El Santuario, se conoció, por primera vez, la verdad sobre la riqueza del amable paisano Ocampo Zuluaga.

La mundialmente famosa revista *Selecciones* publicó su nombre, endilgándole el título de capo de la incipiente mafia colombiana. A partir de ese momento, Santiago Ocampo Zuluaga empezaba a figurar como el fundador de la que llegaría a ser la más poderosa y también violenta mafia del mundo.

Pocos saben que Santiago Ocampo Zuluaga fue el Corleone de Colombia, el fundador de uno de los más grandes imperios de la droga en el mundo.

Algunos, entre ellos las autoridades norteamericanas, equivocadamente, atribuyen la fundación de la mafia colombiana a Benjamín Herrera Zuleta, alias el *Papa Negro*, o Jaime Caicedo, alias *Grillo*. Otros creen errónea-

mente que fue Alfredo Gómez, gran capo del contrabando en Antioquía, el fundador de la mafia.

Dentro de la mafia no hay confusión, y al unísono capos y narcotraficantes de menor rango han llamado a Santiago Ocampo “El Papá de los Pollitos” para significar que fue el capo de capos.

La primera generación del narcotráfico, aquella compuesta por hombres más refinados, menos violentos y también menos ostentosos, fue iniciada por mi coterráneo Ocampo Zuluaga, hombre discreto, de un gran señorío y cuya única exhibición de su fortuna fue la construcción de la plaza de toros de Girardota, Antioquía, La Rinconada, una de las pocas rectangulares en el mundo.

Fuera de esta mole de cemento, de escaso valor arquitectónico, Santiago Ocampo Zuluaga no ostentó en su vida ni su poder ni su fortuna. Llegó a ser amigo y socio en el mercado del café con el ex hombre fuerte de Panamá, Omar Torrijos.

Ocampo Zuluaga fue conociendo las tretas de los grandes contrabandistas de Colombia, entre los cuales sobresalían los santuarianos, sus paisanos. Decidió retirarse de su cargo público y, en compañía de policías mexicanos, empezó el envío de drogas a los Estados Unidos. Antes vendía caballos de contrabando en Venezuela.

Cuando Santiago Ocampo lideraba el contrabando de la cocaína, la droga era poco conocida en Colombia y en Norteamérica.

Fue Santiago Ocampo quien enseñó el lucrativo negocio a quienes años después comenzarían a ser mencionados como los líderes del cártel de Medellín, del cártel de Cali y demás miembros de la mafia colombiana.

Con la inteligencia que le caracterizó, este antioqueño supo siempre respetar los cánones de la mafia, las leyes de esta organización y terminó siendo el consejero de aquellos a los que un día él les trazó el camino, en cuya misión